

La muerte de Beowulf y otros cuentos vikingos

MANUEL VELASCO



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#lamuertedebeowulf

Colección: Tombooktu Fantasía

www.fantasia.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: La muerte de Beowulf y otros cuentos vikingos

Autor: © Manuel Velasco

Copyright de la presente edición © 2012 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Depósito Legal: M-24533-2012

ISBN Papel: 978-84-9967-389-9

ISBN Digital: 978-84-9967-390-5

Fecha de publicación: Julio 2012

Impreso en España

Imprime: Gráficas Ulzama

Maquetación: Publicón (Grupo Ulzama)

Índice

La muerte de Beowulf.....	11
Amled, el príncipe idiota	19
Ragnar Lodbrok.....	23
Lobo Nocturno	43
El vikingo de Joms	61
La Larga Sierpe	71
Pal Galtison y Bjorn el imberbe.....	81
Glosario	91

La muerte de Beowulf

Antes de la era vikinga hubo sagas y héroes que sirvieron durante siglos de modelo y ejemplo para los pueblos en los que se difundió boca a boca su existencia. Uno de los más apreciados héroes de aquellos tiempos fue Beowulf, cuya vida transcurre entre el norte de Dinamarca y el sur de Suecia. Hasta nosotros llegó la leyenda que llevaron los jutos a Inglaterra, donde fue transcrita. Sin duda, aquella saga se narró una y otra vez en las noches nórdicas, en torno a la hoguera y con todos los oyentes sintiendo el palpito del héroe en su interior.

La historia de Beowulf, enfrentado al monstruo Grendel, ha seguido viva hasta nuestros días hasta el punto que, en los últimos años, hemos tenido la oportunidad de verla en forma de cómics o películas hechos con mayor o menor fortuna.

He aquí una pequeña narración sobre los últimos días del héroe Beowulf, rey de los gautas.

El cielo también lloró la muerte del gran rey.

Los hombres tardaron diez días en construir el túmulo donde guardaron sus cenizas. Terminada la ceremonia, cada uno regresó a su casa sabiendo que los enemigos ya estaban afilando sus espadas y preparando sus barcos, dispuestos a tomar por la fuerza el territorio que el famoso Beowulf había conseguido mantener en relativa paz a lo largo de



cincuenta años, sobre todo ahora que había un fabuloso tesoro que él había ganado a un dragón el último día de su vida.

Ya habían pasado los tiempos en los que aquel rey de los gautas hizo fama y riqueza combatiendo a los monstruos que asolaron las tierras de los daneses, al otro lado del Oresund, gobernadas por el rey Ródgar: aquel Grendel y su madre, devoradores de hombres. Los escaldos de todo el Norte recitaban sus hazañas y todos los niños en sus juegos de guerra querían ser Beowulf, el gran héroe del pueblo gauta.

Terminadas sus aventuras, y ya con el pelo blanco y la mirada serena, Beowulf gobernó a su pueblo con justicia y sabiduría; pero bien consciente era de que la vejez hacía mella en su cuerpo. Hacía falta algún suceso que le obligase a tomar las armas y morir con ellas en la mano, diciendo adiós a este mundo como todo héroe debe hacer.

Así, cuando llegó la noticia a sus oídos, supo de inmediato que había llegado la hora definitiva: un dragón estaba sembrando el terror entre su pueblo. No era una bestia recién llegada desde otro lugar, sino un dragón dormido durante

siglos, al que alguien había robado una joya de un inmenso tesoro de los tiempos antiguos que él había estado custodiando en una cueva. Los poblados de los alrededores estuvieron sufriendo su cólera cuando por las noches emprendía el vuelo desde su oculto risco para incendiar las granjas gautas.

Los supervivientes acudieron a su rey, y su horror fue mayor al comprobar desde lejos cómo su espléndida residencia también se había convertido en un montón de troncos negruzcos y humeantes.

Pero el viejo rey rehuyó la pesadumbre recordando las hazañas de antaño con monstruos de razas pretéritas que se negaban a admitir que su tiempo ya había pasado en el Midgard. El recuerdo no infundió valor, que no era preciso, pero sí la energía suficiente para entrar en acción.

Mandó llamar al mejor herrero del reino para que le hiciese un gran escudo de hierro. En un día lo tuvo, grande, tosco, pesado y sin ningún adorno. Indigno de un rey, pero hecho tal como él lo había pedido.

Con él y con su inseparable Nigling, «la espada que toda espada rompiese», Beowulf subió a su caballo y se despidió de su gente: «Yo con mi fuerza al dragón mataré o en la fiera batalla que vidas destruye caerá vuestro rey».

Nadie intentó detenerlo. Él era la única posibilidad que tenían; y, en cualquier caso, si ocurría lo peor, tenían muy claro que los hombres como él no habían nacido para morir de esa enfermedad llamada vejez.

Beowulf cabalgó en dirección al mar, seguido por su más leal guerrero, su sobrino y ahijado Wiglaf.

Cuando llegaron ante la guarida de la bestia, Beowulf lanzó su grito de guerra. En respuesta, la tierra tembló con la cólera que surgía desde el interior.

Esperaron algún tiempo, pero el dragón, aliado de la noche y la oscuridad, como todos los antiguos seres, se limitó a lanzar sus bramidos sobrecogedores. Así que encendieron

antorchas y penetraron en la cueva, aunque no necesitaron recorrer los pasillos laberínticos que llevaban hasta su guarida, ya que pronto sintieron su cercana presencia. Los estaba esperando, con el odio atrasado que todos los monstruos del abismo sienten por esa humanidad que los aparta de su mundo, unas veces con la luz y otras con el hierro.

Beowulf se adelantó y lanzó su antorcha lo más cerca que pudo del dragón, con lo que pudo apreciar su imponente tamaño. Wiglaf se estremeció, pero Beowulf dio unos pasos al frente. Los dos enemigos se observaron; eran los representantes de dos mundos y dos épocas incompatibles, y ambos supieron que de aquel combate dependía el destino de aquella tierra.

Protegido tras el enorme escudo de hierro —inadecuado para la guerra, pero idóneo para aquella situación—, Beowulf se lanzó hacia el dragón envuelto en una gran llamarada que no llegaba a tocar su cuerpo.

Estando ahora más cerca, pudo observar cuánto tiempo necesitaba el dragón para volver a arrojar su fuego y, sobre todo, dónde lo concentraba antes de expelerlo.

Así que, tras soportar el segundo ardiente aliento, se deshizo del escudo y cruzó veloz el espacio que le separaba de la bestia. Con su espada abrió un buen tajo en la garganta, de la que brotó una especie de catarata de lo que él imaginó como fuego a medio hacer.

La boca del dragón se abrió en un terrible lamento. Ya no habría más llamaradas, pero ahora estaba más furioso que nunca. Beowulf no perdió el tiempo y consiguió trepar por su cuello. Sujetándose bien con las piernas a modo de un jinete sobre un caballo bravío, le clavó la espada una y otra vez detrás de la cabeza. Entre espantosos alaridos, la bestia fue perdiendo su fuerza hasta que finalmente cayó al suelo para siempre, pero no sin antes reunir sus últimas energías para aplastar a Beowulf contra las rocas.

El héroe de los gautas ya no pudo volver a levantarse. Sintiendo roto por dentro, comprendió que aquel era su final, mas aguantó el dolor sin lamentarse. Le pidió a su sobrino, impávido testigo de aquella lucha, que se adentrase hasta la guarida del dragón y sacase algún objeto del tesoro, para que él pudiera hacerse una idea de lo que había conquistado antes de que la vista se le nublase definitivamente.

Wiglaf, aún sin reponerse de la impresión, encontró yelmos y escudos de bronce, ya mohosos y oxidados, que sin duda habían portado grandes héroes de antaño, anillos de oro y plata que pasaron de mano en mano a través de los siglos, copas que refrescaron las gargantas en noches de cantos y alegría o estandartes deshilachados que habían guiado a los ejércitos camino de la victoria. Y podridos arcones repletos de joyas y objetos bellamente elaborados en oro puro, de los que nadie habría puesto en duda que hubieran sido trabajo de los enanos orfebres del Svartalfheim.

¿Dónde estarán ahora todos aquellos hombres que en vida disfrutaron de tantas riquezas?, se preguntó Wiglaf. ¿Habrán sido bendecidos por los dioses de acuerdo a la vida que tuvieron? ¿Disfrutarán aquellos viejos guerreros el banquete nocturno con Odín en el Valhalla? ¿Habrán regresado algunos a este mundo tomando el cuerpo de otro miembro de su estirpe antes de nacer para completar alguna misión?

En cualquier caso, ya nadie recordaba sus nombres y sólo sus viejas posesiones en forma de metal habían sido capaces de traspasar los límites del tiempo. Mas de mil años, según se contaba, el dragón había mantenido este tesoro en su seno abrazado. Ahora todo eso pertenecía a alguien que no podría disfrutarlo porque estaba a punto de abandonar el mundo de los hombres. ¿Será recordado Beowulf dentro de mil años o tan sólo quedará de él su espada o un casco que alguien encuentre más o menos por casualidad?, pensó con cierta

amargura, mientras aquel tesoro resplandecía más dorado que nunca por la luz de su antorcha.

Dejó de hacer un recuento mental de las cosas que allí había cuando vio algo que en aquellos momentos le pareció más importante que el oro: agua. Por allí corría un riachuelo subterráneo y se imaginó que su tío estaría sediento, tanto por el furor del combate como por el calor que había tenido que soportar. Así que tomó una copa de oro y la llenó de esa fresca agua que parecía surgir del vientre de la tierra; con ella pudo calmar la última sed del moribundo rey.

Le contó lo que había encontrado, siendo aquel cáliz una buena muestra de la antigüedad y la belleza del resto de los objetos. Reuniendo sus últimas fuerzas, Beowulf se sintió complacido por haber combatido de aquel modo su



última batalla y por poder legar tantas riquezas a su pueblo. Finalmente, recordó a los heroicos señores de su estirpe, los wegmunda, y entonces su alma, abandonando el maltrecho cuerpo, fue a reunirse con ellos.

A Wiglaf correspondió el honor de prender la pira funeraria, alimentada con los troncos que de sus bosques habían llevado los señores de las tierras circundantes para tal ocasión. Altas subieron las llamas, y fuerte se escuchó el crepitar de la madera, cuando se mezclaron con el llanto de las mujeres y las despedidas emocionadas de los hombres.

Una *volva* lanzó sus augurios, que nadie querría haber escuchado: «Pronto las armas habréis de tomar, pueblo de los gautas. Tiempos terribles se acercan; envidias y miedos retenidos ahora se transforman en ansias por apoderarse de las tierras que con tanto afán el héroe caído logró mantener».

Después comenzó la construcción del túmulo, sobre el promontorio que lo haría visible a los barcos que por el cercano mar pasasen. En el interior, junto a las cenizas del héroe, dejaron gran parte del tesoro: el oro regresó así al interior de la tierra, de la que una vez fuese sacado. Con el resto se reconstruiría todo lo que quedó convertido en cenizas por el dragón.

Los doce mejores guerreros cabalaron en torno a la tumba, entonando el canto de despedida reservado a los grandes hombres y relatando en voz alta las hazañas compartidas. Wiglaf incluso se atrevió a especular con la posibilidad de que Beowulf pudiese haber sido en otra vida uno de aquellos grandes guerreros de antaño y que el destino hubiera querido que recuperase sus viejas pertenencias antes de abandonar la vida presente.

Durante el último día del funeral, con los asistentes completamente ebrios en honor al difunto, se brindó una y

otra vez por el recuerdo de aquel soberano singular que acabaría siendo modelo y ejemplo para las generaciones futuras: Beowulf, rey de los gautas, merecedor como pocos de alcanzar la gloria por haber sido capaz de enfrentarse a los antiguos enemigos del hombre, aquellos que rondaban tanto en los mundos subterráneos como en los propios recuerdos escondidos entre los más oscuros recovecos de la memoria de la especie humana. Pocos enemigos existen tan dañinos como ellos, y labor de héroes es enfrentarlos y vencerlos, por el bien de los demás.